

Rebeca Moreno y Vanesa Ripio

Mothersplaining

Dos madres te explican cosas



MOTHERSPLAINING

DOS MADRES TE EXPLICAN COSAS

Rebeca Moreno y Vanesa Ripio



Mothersplaining. Dos madres te explican cosas

Primera edición, 2020

© Rebeca Moreno, © Vanesa Ripio, 2020

Diseño de portada:

© Sandra Delgado (Ilustración creada con collage
de obras de W. A. Bougeurau)

© Editorial Ménades, 2020

www.menadeseditorial.com

ISBN: 978-84-121285-9-8



en colaboración con



PRÓLOGO

Diálogos sobre maternidad

Jone Martínez-Palacios

Virginia Woolf preguntaba en su *Una habitación propia*: «¿Tienen ustedes la menor idea del número de libros sobre mujeres que se publican en el curso de un año? ¿Tienen ustedes la menor idea de cuántos son escritos por hombres? ¿Se dan cuenta que ustedes son, tal vez, el más discutido animal del universo?» (2014: 38). Las incisivas preguntas de Woolf son muy útiles, un siglo después de que las expusiera en aquella conferencia pública sobre mujeres y escritura, para explicar el «fenómeno» de la maternidad.

Desde tratados de medicina, hasta revistas sensacionalistas sobre bebés, todo el mundo opina acerca de qué es un buen parto, una buena madre, un buen bebé, una bebé sana, una buena decisión. Madres, ¿sabéis que sois una especie sobre la que pilota un mercado (neoliberal) lleno de productos en los que todo el mundo se permite opinar? Esos productos esgrimen una norma sobre la maternidad a la que se invita a abrazar a las que son madres, a las que no lo somos y queremos serlo, y a las que no lo son porque no quieren, o no pueden serlo. Esa normatividad aterriza en una serie de actitudes prescritas en folletos, pautas comportamentales listadas en manuales, una moral y una ética socialmente construida y canalizada en instrumentos médicos, lúdicos y mediáticos; esta se presenta como objetiva y neutra facilitando su naturalización y la construcción de la *doxa* de Estado sobre maternidad, es decir, esas creencias socialmente construidas sobre la maternidad que de tan naturalizadas, ni siquiera apreciamos como creencias; ni siquiera nos planteamos poner en cuestión su naturaleza construida. Porque existe esa *doxa*, desde posturas situadas en la *praxis* crítica, nos interesa saber quiénes

son los agentes productores de esos instrumentos que buscan hacer la norma, es decir, quién nos habla de ser la madre buena. Si nos acercamos desde una perspectiva histórica a este mercado de productos sobre la maternidad, veremos que el monopolio sobre sus discursos lo tienen los médicos expertos, periodistas de la industria del bebé, hombres y mujeres de clase media-alta que dan consejos de carácter universal y «recomiendan ser madre para experimentar una sensación increíble», todo sin vincular «la experiencia» a unas condiciones materiales de existencia.

Así, el problema no es que no sepamos cosas sobre las madres, desde Medea hasta María, las historias sobre estas se esparcen en libros, cómics, películas y canciones. Existen muchos ejemplos y modelos de lo que no queremos hacer, ser, y experimentar como madres. Sin embargo, en ese mar de trabajos que explican a la madre qué implica serlo, son menos los diarios, las cartas, los diálogos y los experimentos literarios sobre la maternidad escritos por las propias mujeres, entre mujeres, que marquen una genealogía de mujeres. Son menos, aun, los que están escritos desde un enfoque feminista y anticapitalista que tiene en cuenta en sus planteamientos el contexto que Donna Haraway denomina «Esa cosa escandalosa» para hacer referencia a la intersección que surge del capitalismo, heteropatriarcado, sistema racista, gordofóbico y centrado en la acumulación. En esa óptica, en el marco de España, destacan los trabajos de Esther Vivas (*Mamá desobediente*, 2019), María Rodó de Zárate (en *Cuerpos marcados*, 2019), Marga Durá (*Madres rebeldes*, 2018), Silvia Nanclares (*¿Quién quiere ser madre?*, 2017) o Samanta Villar (*La carga mental*, 2019). Estos textos, de una forma u otra recogen testimonios en primera persona de cuerpos que han vivido la maternidad gestada y no gestada. En ellos se identifican los problemas del postparto, los miedos durante el embarazo, el problema de las miradas acusadoras, y desvelan temas secretos que dicen no haber formado parte del ajuar informativo de sus genealogías maternas. Es usual encontrar frases como «nadie me había hablado de eso» para referirse a los problemas de la

episiotomía, o «me había creído que se iba a seguir mi programa de parto, pero, me enfrenté a un parto ultramedicalizado». Ante la rabia del secreto guardado por pudor o tradición, cada vez más mujeres madres «se van de la lengua», como las autoras de *Mothersplainning*, Vanesa Ripio y Rebeca Moreno, y desvelan dudas y malestares íntimos dialogando sobre ellos, aclarando que hablar de ser «buena madre» implica hablar de mercado, de Estado, y de dominación. Las autoras se enfrentan al silencio y a la reproducción de los modelos de madre sacrificada/ mala madre, arriesgando, al menos, su «algodón de la vida cotidiana» para darnos al resto condiciones materiales para tener «momentos de vida»; arriesgan porque como dice Bourdieu: «Los grupos no quieren para nada a aquellos que se van de la lengua, sobre todo, cuando la transgresión a la traición pueden proclamarse entre sus valores más altos [...] la publicación de lo más privado tiene también algo de confesión pública» (1984: 15). El valor que está en juego implica a la función reguladora de la familia heteronormal en sociedades heteropatriarcales, capitalistas.

Mothersplainning es un diálogo, al estilo socrático, una confesión pública sobre algunas reglas no escritas del juego de la maternidad. El trabajo pone en práctica la máxima de «lo personal es político», porque conceptualiza y, por ello, politiza la maternidad. Sobre esta conceptualización es importante tener en cuenta que el texto nace en un momento en el que desbordan los neologismos para referirse a prácticas machistas como el *manspreading* (hiperocupación del espacio público por parte de los hombres), *mansplaining* (explicación de los hombres a las mujeres sobre cuestiones que ellas conocen y experimentan), y el *maninterrupting* (la práctica generalizada de interrumpir el discurso de las mujeres por parte de los hombres) y pone nombre a lo que entiendo como una forma de practicar la sororidad cuyo eje central es una experiencia vivida por dos madres.

Sobre esas bases, entrar en la intimidad del diálogo entre Rebeca y Vanesa me ha permitido cuestionarme los ideales normativos, todavía integrados en

mi cuerpo, sobre las maternidades y, lo más importante, me ha llevado a posiciones incómodas en las que, entiendo, surge el malestar que conduce, primero a identificar las contradicciones estructurales que lo producen (*cf.* capital vs. vida), y segundo a orientar la acción a una *praxis* crítica.

Dicen las autoras que escriben el texto en el móvil, entre citas médicas, cambios de pañales y otras tareas que hacen su cotidianeidad. Como lectora, este texto cargado de una reflexividad circular vinculada a la práctica me llega en un momento en el que no es la maternidad la que me frena en casa y en lo doméstico, sino un «trauma por estrés agudo» que me tiene de baja del ejército de las personas «sanas», «productivas». Me enfrento, por primera vez, a la sensación de «no hacer nada productivo» que dicen haber experimentado las autoras y me angustia no poder seguir el ritmo de acumulación que había banalizado hasta el momento de mi doblamiento mental. A mí no me frena la vida de una bebé, sino mi propio cuerpo que me dice «basta». Desde aquí, las palabras sobre la sensación que les deja la maternidad en relación a la transformación de los tiempos, «siento que no estoy haciendo nada productivo» —que recuerdan, una y otra vez, la importancia de hacer experimentos para construir vidas que merezcan ser vividas—, me remiten al combate diario de desobedecerse y recordar eso que Sira del Río explica tan bien cuando dice que «para avanzar hay que ir en dirección contraria», porque todavía estamos influidas por esa cosa escandalosa, y que, además, «orientarse es difícil y más estando sola» (2017: 297). A través de este diálogo he podido avanzar a contracorriente y acompañada, concretamente, he podido conectar con problemas de temática similar centrales para caracterizar los sistemas capitalistas y patriarcales (la acumulación orientada al beneficio en la que las mujeres ocupan los espacios reproductivos) desde una posición de no-madre-todavía, sino desde la experimentación del vacío temporal que deja una baja.

Además, este diálogo llega a mis manos en un momento en el que me planteo ser madre, pero en el que todavía no puedo serlo. Nada nuevo. Llevo

dos años pensando en que quiero serlo y ese deseo me vuelve más sensible a las cuestiones sociales relativas a la maternidad y la paternidad. Veo, por ejemplo, que en una sociedad como la española, donde la matriz de dominación se caracteriza por los ejes de dominación de género, clase social, procedencia, movilidad corporal, identidad sexual y religión, la familia (seria y respetable) empieza cuando se tiene un hijo. Veo que las hijas hacen la familia. Socialmente, en contextos no feministas ni críticos, empiezas a contar como persona seria cuando un hijo nace del vientre. Durante estos dos años he visto desde fuera, en un modo *outsider*, cómo funciona ese capital paterno y materno en el momento de entrar en el mundo de las decisiones de adulto, independientemente de la edad biológica y de otros capitales. He percibido una especie de puesta en suspensión de la carencia de algunos capitales, como el lingüístico y el social cuando alguien se presenta como madre biológica o padre biológico.

Asimismo, en estos dos años he encontrado muchos modelos de madres sacrificadas que devoran tratados sobre educación para hacer lo que los sofistas de la crianza identifican como deseable. No obstante, más recientemente, la teoría feminista me ha ofrecido novelas y modelos de madres que tienen dudas, miedos, dolores y depresiones y con sus testimonios siempre me han llevado a un mismo diagnóstico: se han ocultado, interesadamente, muchas experiencias relativas a la maternidad en una especie de silencio funcional al patriarcado que necesita del conflicto capital *versus* vida para mantenerse, donde el trabajo reproductivo y todo lo que tiene que ver con él (el sostenimiento de la vida, de una que merezca ser vivida) queda depreciado y atribuido a las mujeres. Ante ese diagnóstico, el feminismo anticapitalista me introduce en la *praxis* de las maternidades feministas y me da esperanzas para la resistencia. Así, en *Mothersplaining* he encontrado un diálogo reflexivo feminista, con sensibilidad interseccional, en el que las autoras me explican cómo funciona la maternidad como bien simbólico y qué oportunidades ven en las mujeres madres que se quedan en

casa cuidando de sus hijxs para ofrecer resistencias a esa cosa escandalosa.

Creo que el texto se caracteriza por plantear la ventaja epistémica de las madres con capital cultural que se quedan en casa cuidando de sus hijxs, todo, desde un enfoque no esencialista; y que esta particularidad del trabajo que viene a continuación lo hace interesante para otros puntos de vista *outsider*. Como Patricia Hill Collins en *Black Feminist Thought* (1990), pienso que solo desde el diálogo solidario de epistemologías *outsider* vamos a conseguir un conocimiento que sirva para resistir la dominación.

Más allá de las conexiones particulares que he podido hacer desde la posición que ocupo ahora en el campo social, en *Mothersplaining* he encontrado un texto experimental que propone hacer revoluciones, al estilo de Pat Parker que tenía claro que «para sobrevivir en este mundo tenemos que comprometernos a cambiarlo; no reformarlo, sino a revolucionarlo» (1980: 197). Hacen pública una conversación mantenida en la intimidad en la que hablan de carga mental, de educación, de buena y mala maternidad y ponen en cuestión las lecturas del feminismo radical según las cuales la sexualidad y la reproducción son elementos de reproducción social y del *status quo*.

Hablan del amor por las hijas y dan una versión distinta del amor romántico o del amor al que se refiere Anna Jónasdóttir (1993) cuando subraya la importancia de este en el mantenimiento del patriarcado. Jónasdóttir distingue entre el placer de las relaciones sexuales y los cuidados materiales a los hijos y marido. En el patriarcado contemporáneo el amor es, según la autora, un elemento de dominación porque las mujeres invierten más energía que los hombres en esto. Rebeca y Vanesa abren una brecha en los usos del tiempo y en la noción misma del tiempo que plantean esas críticas feministas a la maternidad, porque introducen la temporalidad consuntiva que no estaría orientada por la lógica de acumulación y aprovechamiento del tiempo para convertirlo en una forma de capital simbólico.